

# SOMOS Ellos

Joaquín Araújo



PRESENTACIÓN

Los humanos somos organismos que formamos parte del quinto reino de la vida. La cercanía ya no es sólo por lo visible, sino también y ante todo por esos códigos genéticos que han comenzado a aflorar desde las profundidades de lo inmensamente diminuto para demostrarnos el gran parentesco que nos une al resto de lo animal. Somos pues animales. Y también mucho más.

Lo humano emana de un enorme salto cualitativo que resultó imposible sin el único trampolín que podía favorecer la cabriola. Somos animales en los que un cerebro descomunal, casi desmedido, se lanza hacia lo inalcanzable. Nuestra condición de enamorados de lo imposible no queda limitada, sino en verdad potenciada por nuestro origen: la animalidad.

Lo concreto, limitado, es decir, lo espontáneo es la base y cimiento del anhelo de trascenderlo. Un querer que ojalá nunca llegue a poder. Acaso nada acierta tanto para reconsiderar la falacia de tanta soberbia como recordar que ya éramos como somos, estructuralmente, antes de que una sola idea, una sola palabra, una sola emoción o un solo recuerdo duradero habitara nuestro organismo. Pero no menos, conviene insistir, que ese organismo, esa especie, ese momento y ese lugar donde apareció la inteligencia, formaban parte de un mundo, de unas condiciones y relaciones que no sólo hicieron posible y luego viable la condición humana sino también su camino de exploración. Preguntamos al derredor que nos trajo. El conocimiento es nada más que las respuestas que la Naturaleza deja entrever y la interpretación que de las mismas hacemos. Interpretación que tantas veces hemos conseguido demostrar que eran erróneas. Lo que es irremediamente cierto es que la vida es un

interlocutor real y válido.

La palabra clave para aceptar –incluso con orgullo– nuestra procedencia es que animal –quiere decir con ánimo, es decir, con “anemos”– con el aire pues de la vida. Animados por la animalidad estamos todos los componentes del reino más completo y complejo de la vida. Lo que nos mueve es la vida imposible sin compartir/usar las condiciones básicas del funcionamiento de la Biosfera. No olvidemos que la obviada más olvidada es que nadie es sin lo que le permite ser. Y nosotros somos lo más dependiente desde el momento en que aceptamos ser cima del proceso. Pero nuestras relaciones con los animales no deben ser cordiales porque los necesitamos.

Los animales –como ya reconoce el preámbulo del convenio internacional para la conservación de la Biodiversidad– tienen valor en sí mismos. Merecen nuestra consideración porque son parte de nuestro pasado, de nuestro entorno y de nuestras opciones de ir hacia donde vayamos.

No es tema menor, ni ajeno a las competencias del gobierno el que se construya una nueva ética con relación a lo viviente no humano. El que debe comenzar por lo más cercano, por el animal de compañía y luego poco a poco ir acompañado de la compasión generalizada hacia la multiplicidad vital. Acaso no resulte del todo ineficaz acordarnos de que el respeto que le tengamos a lo demás es sumar paz y armonía en todos los horizontes. Es un amable y sensitivo boomerang que nos devolverá el imprescindible mayor respeto a nosotros mismo. De la misma forma que seguir legitimando la crueldad con lo diferente es escuela de atrocidades hacia lo igual. 